



MONDRAGÓ

El Baobab

Ana Galán

Ilustrado por Pablo Pino



DESTINO



MONDRAGÓ

*El
Baobab*

Ana Galán

Ilustraciones de Pablo Pino

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Ana Galán, 2020
© de las ilustraciones de cubierta e interior: Pablo Pino, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición en este sello: junio de 2020
ISBN: 978-84-08-22821-9
Depósito legal: B. 7.290-2020
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

El escondite perfecto



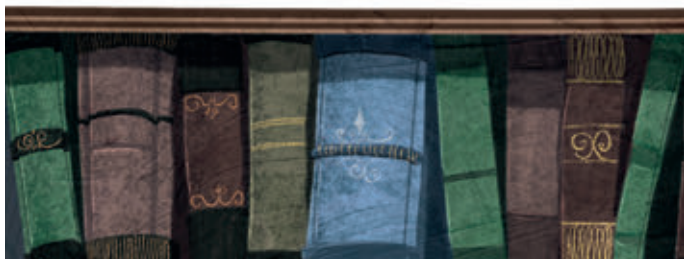
Cale tenía que esconder la semilla roja que habían encontrado el día anterior en la secuoya y decidió que la biblioteca de su castillo sería el lugar más seguro. Fue hasta la inmensa sala cubierta de estanterías de madera repletas de tomos antiguos y muy valiosos. En el centro de la habitación había una silla muy alta y una gran mesa de madera sobre la que des-

cansaban unos pergaminos, varias escuadras y cartabones, una pluma y un tintero. Ahí era donde su padre, el arquitecto de Samaradó, diseñaba los nuevos castillos que pronto empezarían a construirse. Cale se fijó en el pergamino desplegado sobre la mesa. Era un proyecto para una urbanización de pequeños castillos en la ladera de una montaña. En el dibujo se veían muchos árboles tachados y distintos planos.

«¿Dónde van a construir todo esto?», pensó Cale. El lugar le resultaba familiar, pero no acababa de localizarlo. «Bueno, ya me enteraré, ahora tengo que ocuparme de esconder la semilla.»

Cale se subió a una escalera de madera muy alta que se apoyaba contra una de las estanterías y sacó un libro de tapas azules que estaba cubierto de polvo. Nadie lo había abierto en mucho tiempo. Era el escondite perfecto. Lo abrió y metió la semilla en el hueco que había entre las hojas. Una vez a salvo, volvió





a meter el libro en su sitio y sonrió. Ahora podría concentrarse en buscar las otras cinco semillas. Empezó a bajar la escalera cuando le sobresaltó la voz de su hermana.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Nerea que, como siempre, iba acompañada de su dragona de colores, Pinka.

—Yo... eh... estaba buscando un libro...
—balbuceó Cale.

—¿Tú? ¿Un libro en plenas vacaciones de verano? —se burló Nerea—. ¿No estarás enfermo?

—No, quería buscar información sobre los árboles parlantes —contestó Cale y nada más decirlo se arrepintió de haberlos nombrado.

Esperaba que Nerea no sospechara nada

con su interés repentino por los árboles del Bosque de la Niebla.

—Ah, las viejas leyendas de Samaradó —dijo Nerea acercándose a la sección donde guardaban los libros de ficción—. Supongo que no crearás todas esas tonterías, ¿no?

—Para nada —contestó Cale.

«Sí, ya, tonterías, si tú supieras...», pensó.

—Aquí tienes muchos —dijo Nerea sacando uno muy gordo con las páginas amarillentas. Lo abrió y se quedó mirando los dibujos de unos árboles con aspecto tenebroso que amenazaban con sus ramas a una niña—. Cuando yo era pequeña como tú también me gustaba leer estos cuentos, pero ahora leo cosas más importantes.



Nerea era la típica hermana mayor a la que le encantaba presumir de saber más cosas que Cale. Normalmente Cale habría empezado a discutir con ella, pero en ese momento tenía otros planes y no quería entretenerse con peleas.

—Por cierto —siguió Nerea—. Me pareció ver a Mondragó entrando en la cocina. Deberías controlar a tu dragón un poco mejor y no dejar que deambule por ahí él solo.

Nada más decir esas palabras, se oyó un grito desde la cocina. Era la madre de Cale.

—¡Sal de aquí inmediatamente! —dijo—. ¡Cale Carmona! ¡Mira lo que ha hecho tu dragón ahora!



Cale fue corriendo hacia la cocina. Cruzó la puerta y vio a Mondragó sentado en el suelo con cara de bueno y restos de comida que le salían por las comisuras de la boca.

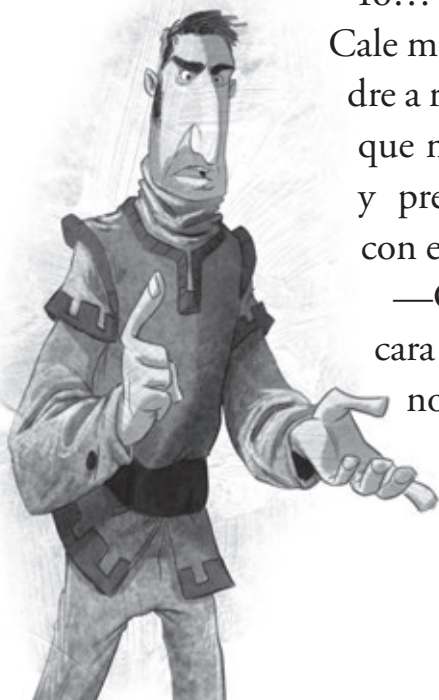
Su padre lo sujetaba por la correa mientras la madre recogía los platos rotos esparcidos por el suelo.

—¡Se lo ha comido todo! —protestó su madre—. ¡TODO! ¡El guiso de carne que tenía para esta noche, el pan recién horneado y hasta las verduras!

Mondragó siempre haciendo de las suyas. Se hacía pis en el castillo, jugaba sin parar, se distraía con cualquier cosa y ahora le había dado por zamparse todo lo que dejaran a la vista. ¡Qué difícil le resultaba controlarlo!

—Yo... lo siento —se disculpó Cale mientras ayudaba a su madre a recoger—. Mayo me dijo que me ayudaría a entrenarlo y precisamente he quedado con ella ahora. Ya me lo llevo.

—Cale —dijo su padre con cara de pocos amigos—, esto no puede seguir así. A partir de esta noche Mon-



dragó tendrá que dormir en las dragoneras y no volverá a entrar en el castillo hasta que demuestre que sabe comportarse.

—¡Pero papá! —protestó Cale—. Mondragó solo tiene ochenta años y se sentirá muy solo.

—Nada de peros. Además, no estará tan solo. Allí duermen todas las noches nuestros dragones y no les pasa nada —dijo el señor Carmona—. Está decidido. Si lo entrenas bien, podrá volver a entrar, pero hasta entonces no quiero volver a verle en el castillo.

Cale sabía que cuando su padre tomaba una decisión, era inútil discutir y, en el fondo, tenía razón. En las dragoneras estaría mucho más seguro. Le puso la correa a Mondragó y tiró con fuerza para sacarlo de la cocina.

—¡Vamos, Mondragó! —dijo—. Tenemos mucho trabajo que hacer...